

Nueva ética para nuevos liderazgos

El feminismo y la mirada entre mujeres

23 de marzo del 2003

Marcela Lagarde y de los Ríos

Algunas preocupaciones

Dondequiera que voy, en espacios de los movimientos y organizaciones civiles, en particular en espacios de mujeres y feministas, se levantan varias ideas con mucha fuerza sobre problemas en la participación política de las mujeres, a veces coincidentes con formas privadas y domésticas de ejercer el poder. Algunas de estas ideas son acusaciones desde la formulación misma mientras que otras miran con impotencia la actuación de las mujeres. Veamos algunas de ellas:

- 1- Las cuotas de participación crean "mujeres florero", manipulables, sin voz propia y, además son innecesarias porque llega la que se esfuerza.
- 2- Las mujeres se masculinizan en cuanto ocupan posiciones de poder.
- 3- Las relaciones de poder entre las mujeres son conflictivas, duras e incluso crueles y hay quienes afirman que no hay peor enemiga de una mujer que otra mujer.
- 4- Cuando las mujeres del movimiento tienen un espacio en el poder público se olvidan de sus compañeras, las dañan o las manipulan.
- 5- Las mujeres de la sociedad civil y de los movimientos sociales no se reconocen en los liderazgos de sus compañeras cuando ocupan posiciones de poder o cuando se convierten en funcionarias del gobierno, en representantes populares como diputadas, o son distinguidas de alguna manera.

1. El velo de la igualdad

Es común que no se entiendan las políticas afirmativas conocidas como cuotas y que a algunas mujeres les parezcan un atentado a su dignidad. ¿Por qué para unas mujeres las cuotas son un avance y para otras son un atentado a su dignidad e incluso reaccionan frente a las "mujeres cuota" con rechazo y desprecio?

Porque muchas de nosotras hemos sido educadas bajo la ideología de la igualdad que consiste en considerar que somos iguales a los hombres. Este de un principio naturalista y de otro presencial. Se cree que somos igualmente parte de la naturaleza o sobre la base de la "natural" heterosexualidad" se supone que somos iguales por el principio de complementariedad.

En cuanto al principio presencial como mujeres y hombres estamos en las calles, en los transportes, en los almacenes, en las empresas, en las aulas, en los templos, en las casas, porque convivimos con cuerpos presenciales se confunde la presencia simbólica o en la experiencia, con la igualdad.

Las luchas de las mujeres por nuestros derechos y por la igualdad, así como nuestros avances reales, han sido respondidos con una ideología que tiende un "velo de la igualdad y una creencia en la propia superioridad" en la conciencia de las mujeres y nos impide mirar más allá de las presencias y descubrir la desigualdad de género que prevalece aún entre quienes se suponen en igualdad.

Las mujeres de la última generación de cada periodo del siglo XX, hemos creído estar en igualdad con los hombres y ser más adelantadas que las mujeres de la generación anterior y por lo tanto más valiosa. El mismo principio que resulta en el velo de la igualdad y la conciencia de superioridad se aplican entre otras categorías de mujeres, así, las urbanas sienten esta superioridad evolutiva ante las mujeres rurales, las educadas frente a las analfabetas, las de mayor altura frente a las de tallas bajas, las que controlamos nuestra fecundidad frente a las que no tienen ese recurso, las del primer mundo frente a las de otros mundos y frente a las mujeres indígenas.

Los principios de igualdad con los hombres y de superioridad sobre otras mujeres que caracterizan la subjetividad y las mentalidades de las "incluidas o elegidas" son componentes de género moderno que contienen un escalón evolutivo y de progreso, y valorizan y posicionan con supremacía jerárquica a unas mujeres frente a las otras. Son recursos políticos para lograr un mejor posicionamiento frente a los hombres, aún cuando muchas mujeres que conviven con ellos se den cuenta de que son minoría en relación con su propio género, y se explican su menor número o su falta de poderes, con el argumento de que las que no están aquí es porque no se esforzaron o porque tienen alguna incapacidad intrínseca.

Entonces, ¿cómo aceptar mecanismos específicos para eliminar la exclusión de las mujeres si algunas llegaron por sus propios méritos? Muchas mujeres no saben o no interpretan la importancia que tuvo en su propio ascenso y transformación, que durante el siglo XX se dio el gran esfuerzo por la participación de las mujeres y que fue menos difícil hacerlo cuando hubo mayor voluntad política y recursos, entre otros ámbitos en la educación. Que topamos con un techo de cristal que nos impidió escalar (diría nuestra Mabel Burín) y un piso pegajoso que hizo más ardua nuestro caminar para acceder a ramas del conocimiento, de la ciencia y la tecnología, de la filosofía y la teología. Que por más esfuerzos, las mujeres tenemos topes a nuestra acción.

Por eso, las feministas tomaron de otros movimientos como el de los derechos civiles de los negros en EEUU, propuestas para eliminar otras opresiones (exclusión, explotación, discriminación, justificación de la violencia) que inventaron las llamadas acciones afirmativas que consisten en construcción política del principio de equidad, el proceso inicia con el reconocimiento de la igualdad entre quienes están en desigualdad. Y ustedes dirán ¿cómo?

Es la igualdad como equivalencia humana (como dice nuestra querida maestra Amelia Valcárcel) que está en contradicción con la desigualdad política (sexual, social, económica, jurídica, cultural) y pactar aún estando en minoría y bajo opresión política con fuerzas, individuos, grupos e instituciones que tienen "poderes" (están incluidos, ejercen opresión) para negociar la inclusión de las excluidas.

El principio de necesidad política del pacto para los opresores se encuentra en la amenaza a la estabilidad del orden que supone la reacción emancipatoria y en el valor y los aportes indispensables que hacen las excluidas, en su diversidad, a los otros, al resto de la sociedad y al mundo.

Construir la ciudadanía de las mujeres ha requerido una gran creatividad. Hoy recorre el mundo la exigencia de las mujeres de ser admitidas en los espacios de decisión política, en la representación social y en la ejecución gubernamental, en sociedades que, por su propia dinámica, reproducirían la exclusión de las mujeres y continuarían con el monopolio político de los hombres o de la política patriarcal.

En algunos países se acaba de estrenar la paridad. Para que todo esto sea eficaz en el desmonte de la opresión, es preciso que haya una práctica de la paridad continuada y que en ella se formen generaciones de mujeres políticas para evaluar qué pasó. Pero no basta, como no bastó tener el derecho a votar para ser ciudadanas y nuestras antepasadas y nosotras mismas lo hemos ampliado al derecho a ser electas, es decir, a representar los intereses universales de hombres, mujeres, localidades, comunidades, regiones, países y, de la convocada humanidad en el nuevo siglo. Aún no somos representación simbólica universal.

No se ha ampliado esta capacidad, aquí también enfrentamos techos de cristal y pisos pegajosos.

En minoría, sin tradición ni memoria de género si aún no hay en la cultura política el simbólico sólido de las mujeres como representantes universales, lo peor es que no se acepta que las mujeres nos representemos a nosotras mismas, ni que planteemos necesidades, intereses y miradas propias sobre nosotras mismas, sobre la vida, la sociedad, el Estado.

Nos quieren mujeres agenéricas o mujeres premodemas representantes de los deseos, las necesidades y los intereses de los otros, nos aceptan como seres-para-los-otros (categoría de nuestra maestra Franca Basaglia). Nos aceptan pero mejor si reproducimos las necesidades, los intereses y la mirada de los hombres sobre el mundo y sobre nosotras. Estamos fracturando ese tabú le hacemos fisuras patriarcado como dirían nuestras compañeras de la diferencia, y cada vez más, pero debemos reconocer que ahí está.

2. La masculinización

En contraposición, mujeres y hombres se quejan de que las mujeres se masculinizan en los espacios públicos y especialmente en los espacios políticos. Me asombra que la masculinización sea impropia aunque es notable que sólo es impropia para las mujeres. Casi nadie se perturba por la masculinización de los hombres. Pero volvamos a las mujeres. En una vertiente, el rechazo a la masculinización puede ser porque las mujeres migran de sus formas femeninas y dejan de ser verdaderamente femeninas, como una traición de género a los estereotipos naturalizados y normalizados y en otra, porque se considere inadecuada la masculinidad pública por su supremacismo, su autoritarismo y su sectarismo. Es posible que se critiquen aspectos tan graves como la corrupción, la violencia, el abuso de poder y la impunidad con la que actúan muchos hombres en los espacios público-políticos. Y qué decir

de que además lo hagan por el bien de la comunidad, de las mujeres, de los niños y las niñas, por la libertad y la democracia.

Detecto también en esta queja contra la masculinización de las mujeres el anhelo de que las mujeres nos comportemos y actuemos de otra manera., ni femeninamente tradicionales ni como machos. Y, con una ceguera analítica no se observa que los espacios y las esferas políticas están marcados por la cultura política masculina y patriarcal y que las normas, las maneras de hacer las cosas, los procedimientos y las reglas de la política, su discurso y sus lenguajes están normalizados.

Para ser aceptadas con legitimidad, las mujeres que llegan ahí tienen que amoldarse a esa cultura. De no hacerlo la marginación será automática. Qué dilema. Si se adaptan deben hacer cosas con las que tal vez no están de acuerdo (desde el protocolo hasta la negociación política) si no lo hacen, ya saben.

Quienes han sobrevivido a estas contradicciones y con costos muy altos han sido mujeres muy hábiles, con una gran experiencia tanto en espacios políticos mixtos de formación, como son organizaciones y partidos, y en los movimientos y organizaciones de mujeres. Ellas pueden sintetizar su doble experiencia y avanzar siendo bilingües y biculturales. Sólo así es posible a la vez, desmontar la cultura política masculina e introducir como asuntos de interés general los intereses específicos de las mujeres y empezar a hacer política de "otra manera".

3. La enemistad

La afirmación de que las relaciones de poder entre las mujeres son conflictivas y crueles se desprende de la experiencia cada vez más generalizada de la llegada de mujeres a espacios de poder o a jerarquías de poder antes inalcanzables por la baja altura del techo de cristal.

En efecto, bajo normas jerárquicas y autoritarias, con una formación familiar, escolar y laboral que reproduce esta política, y con un pensamiento conservador o una gran dependencia política, las mujeres que acceden a posiciones de poder reproducen esos mecanismos misóginos.

Sin embargo, lo que duele más a las mujeres es que sea una mujer la misógina, la que actúa de esa manera. Aquí destacan varios aspectos: La idealización que hace imaginar que las mujeres ya estamos en otra parte y debemos confiar entre nosotras, la expectativa de otra forma de relación entre mujeres y la ceguera que impide ver los mecanismos misóginos implícitos en el poder hegemónico que cubre la actuación pública.

Al ocupar posiciones de poder las mujeres más tradicionales se sienten amenazadas por las otras mujeres (efectivamente las relaciones sociales se basan en la competencia descalificadora y con capacidad selectiva entre mujeres) y, sólo hacen buenas relaciones con mujeres que no les significan una amenaza de desplazamiento y con quienes se les subordinan sin dificultad.

Por otra parte, las mujeres subordinadas que tienen anhelo de otra forma de relación, no tratan de modificar la estructura de relaciones sino que, alimentadas por su formación de género

tradicional, se lanzan contra las mujeres en posiciones de poder. No reconocen la capacidad de otra mujer para ascender y sienten que ése lugar debería ser suyo o de otra, pero nunca de quien lo ocupa. Así, mujeres que están en otras posiciones sociales, no reconocen el poder de la mujer que lo detenta, no reconocen sus capacidades y las confrontan con el fin de debilitarlas.

Los hombres se aprovechan de esta tensión, manipulan la enemistad de género y aumentan el conflicto entre las mujeres. La misoginia en la conducta no es reconocida como tal ni por hombres ni por mujeres. En cambio, la misoginia es detectada con facilidad por muchas mujeres en otras mujeres.

4 y 5 . Desidentificación política

Ambos fenómenos se articulan muchas veces. Las mujeres que acceden a posiciones de poder se olvidan de sus compañeras o las manipulan y las mujeres de las organizaciones, del movimiento o de base no se reconocen en los liderazgos de quienes están en su representación o en puestos de poder.

Muchos componentes contribuyen al desencuentro como desidentificación entre mujeres. Además de lo ya dicho, encuentro, por lo menos para América Latina, que las mujeres concienciadas hemos formado parte de la izquierda y, en ese sentido, durante mucho tiempo hemos sido de oposición. Sin embargo, por nuestra propia intervención civil la política ha cambiado y hemos abierto espacios, nos hemos convertido en fuerzas políticas legítimas y legales.

Las primeras mujeres que accedieron a espacios de la sociedad política lo hicieron en minoría y, tuvieron dificultades para ser aceptadas porque, a los ojos de las opositoras, ahora estaban "del otro lado ", del lado del opresor y de todo lo negativo atribuido al poder. La ceguera consiste aquí en no mirar que las pioneras probablemente han hecho enormes esfuerzos políticos en minoría, y desconocidas por las otras mujeres, que hicieron cuanto pudieron por romper el techo de cristal, por lograr todos los derechos y todos los poderes para las mujeres.

El miedo misógino fomentado por múltiples ideologías hace que mujeres de carne y hueso "poderosas", produzcan un miedo primario y misógino contra el poder femenino sexual, maternal, económico, político, de las mujeres.

Así, el miedo misógino aunado a la incapacidad de transformar nuestras identidades de ser "oposición excluida, oprimida o marginada" a ser parte de a pertenecer al conjunto de actores políticos por nuestro propio esfuerzo y a tener y ejercer poderes.

En este sentido, es constante observar la enorme dificultad de muchas mujeres de comprender que ya no son sociedad civil, sino gobernantas o que ya no son las abajo firmantes o demandantes sino legisladoras, que ya no son de la "base" sino dirigentas y que sus funciones y sus obligaciones son otros, su valoración reside en otras capacidades y que su identidad política requiere cambiar.

Debido a esta resistencia ideológica, mujeres de la sociedad civil y del movimiento o de la base, no cambian su identidad, se siguen percibiendo desempoderadas, y se hayan mejor en su condición marginal, demandante, contestaría.

Por otra parte, por la de quienes reclaman el olvido de las lideresas de su base, se olvida que la incidencia política de mujeres disidentes , comprometidas con la causa de las mujeres y feministas desde el poder depende también de las fuerzas sociales que las sustentan. Por ello es imprescindible un diálogo y un correlato discursivo y práctico entre unas y otras para lograr el empoderamiento colectivo y la sustentabilidad del avance de la causa de las mujeres, así como de las mujeres en las posiciones de poder.

Una nueva ética

Una nueva ética para un nuevo paradigma se gesta al enfrentar estos y otros problemas, es posible descifrarla al escuchar la utopía.

En efecto, la utopía feminista ha surgido como crítica histórica y personal al poder patriarcal y como deseo y anhelo de relaciones solidarias, de cooperación, no jerárquicas, de trabajo grupal y responsabilidad individual, de acceso a recursos necesarios para la vida y de desarrollo de las capacidades humanas de una forma democrática. Para lograrlo, debemos tener conciencia de que nosotras reproducimos el dominio patriarcal y que es preciso reeducamos, desaprender para aprender no sólo nuevas actividades, y conocimientos, sino sobre todo, una nueva mirada, una perspectiva ineludible que es perspectiva de género feminista, como columna vertebral de nuestra concepción del mundo y de la vida.

Para empezar es preciso que dondequiera que estemos y que vayamos, en cualquier espacio y posición, somos mujeres comprometidas con nuestra causa histórica. No somos hombres castrados ni mujeres sin género, ni personas ni seres humanos y neutros. No somos a veces seres biológicos y naturales, a veces seres de cultura y a veces sujetos de derecho, somos siempre seres integrales, somos siempre mujeres, siempre seres humanas. Para hacerlo, requerimos saber cuál es la causa histórica de las mujeres y no contentamos sólo con avivar nuestra oposición al machismo a la , misoginia o nuestro personal deseo de justicia.

Requerimos asumir esa tradición y la memoria de género, no como agregados sino como dimensión y contenido de nuestra identidad.

Necesitamos relacionamos entre nosotras con sororidad, es decir, con el reconocimiento de la otra, las otras, como mis semejantes, comprensible, respetable. La sororidad no significa que nos queramos mucho, sino que nos demos el estatuto de interlocutoras y pactantes. Las mujeres necesitamos hacer muchos pactos para avanzar y, para no suponer y esperar solidaridad por sexo. Nuestra solidaridad requiere además de ser construida, normada y nombrada, y nuestra asociación debe ser limitada y puntual.

La sororidad implica transformar la identidad de género en vínculos y alianzas para ser, y asumir el nosotras para mejorar nuestra existencia como género, la de nuestras comunidades y el mundo.

La sororidad es la propuesta política que permitirá enfrentar la problemática de desidentificación y el no reconocimiento entre nosotras, es decir, la enemistad de género y lograr nuestra coalición política.

Para ello es indispensable acudir a la ética de la igualdad como un principio fundante y a la equidad como el conjunto de mecanismos para eliminar la injusticia entre nosotras. Es preciso, por eso, renunciar a nuestro derecho patriarcal a oprimir a otras mujeres y exigir e impedir a las otras que depongan su derecho a oprimimos.

La sororidad no es una ideología. Es una ética práctica, un modo de ser y de vivir, una nueva forma de convivencia entre mujeres, e implica nuevas prácticas y formas de comportamiento.

Y, algo que se olvida muchas veces, la sororidad requiere una nueva estética: nuevas maneras de ir por la vida y de comportarnos, nuevas formas de trato, nuevos lenguajes no soeces entre y sobre nosotras o sobre lo femenino, es decir, un lenguaje revalorizante y respetuoso de la dignidad que exigimos al mundo nos reconozca. Un trato de compromiso y honestidad que implique cuentas claras y las cosas sobre la mesa, obligaciones asumidas y pactadas y expectativas enunciadas y un uso equitativo de los recursos.

La apertura de espacios requiere que incluyamos a otras y nuestro acceso al aprendizaje y a los conocimientos nos convoca a pasarlos a las otras. La sororidad es, sobre todo, el apoyo de unas a otras para lograr nuestro propio desarrollo y bienestar.

Nosotras no estamos sólo para recrear e inventar utopías. La vida es breve. Estamos para construir utopías y no sólo mostrar al mundo como queremos que sea, sino que al hacer el mundo ganamos territorios para nuevo tejido social y para una nueva cultura democrática de género "vivita y coleando".

Ustedes me dirán sí cómo no, con tanto cambio ético político, dejaremos de ser las que sabemos ser. Y yo les digo que sí que de eso se trata y, para que no nos sea muy difícil, podemos empezar a experimentar la sororidad con su fundamento: dejar de ser misóginas entre nosotras y con los otros. Dejar de desvalorizar, descreer, desacreditar a otras mujeres por principio y, por principio valorizar, dar crédito y aceptar las capacidades de otras mujeres y convertirlo en capital político al hacer público nuestro reconocimiento.

Enfrentar la rabia, el enojo, la incomodidad que nos generan "las otras" porque entre otras cosas, es una proyección de nuestra propia rabia genérica y en cambio, propiciar el desarrollo de la autoestima de género y de la estima de género a las otras; eliminar la violencia contra las otras mujeres, expresada como hostilidad, agresión, discriminación, desprecio, deslealtad y traición de género y procurar un trato digno y respetuoso a las otras mujeres; eliminar la explotación y el abuso a otras mujeres y renunciar al trabajo invisible de otras mujeres y de nosotras mismas al establecer relaciones laborales que construyan nuestra común ciudadanía.

Es importante dejar de suponerle a las otras lo que deberían ser o hacer y dejar de vigilarlas. En cambio, estar dispuestas a descubrirnos a conocemos y confiar (affidarnos) en nuestras

capacidades reales y singulares es un supuesto básico de la sororidad. Es base para el reconocimiento al derecho a nuestra diversidad y a su manifestación. La afinidad así creada se produce por reconocimiento no por homologación, sino por la creación de condiciones para la heterogeneidad y la defensa de la diversidad.

Así, la sororidad nos conduce a reconocer la autoridad de las otras mujeres. No el autoritarismo. Sí, la autoridad sobre esferas de acción y de la cultura, autoridad por la manera de enfrentar obstáculos o de crear alternativas. La autoridad de las mujeres es uno de nuestros recursos políticos más importantes porque precede a la escucha, la comprensión y el interés por nuestras necesidades y alternativas, y porque asegura respeto a las mujeres y al género. Quien reconoce la autoridad en las otras, aprende de ellas y amplía su experiencia y su orgullo de género.

Como es evidente la sororidad tiene un presupuesto y un correlato: la mismidad, experiencia subjetiva y práctica resultante de la eliminación de la automisoginia, autovaloración del ser sexuado y sexualizado, afirmación del yo, del yo mujer.

La sororidad y la mismidad implican desmontar el sexismo en tanto cosificación y rivalidad sexual, erótica y estética de una misma y entre nosotras, así como el sexismo homófobos, lesbófobos y otros más. Se trata de desmontar las variadas formas de racismo burdo o sutil que ejercemos y experimentamos en nosotras y sobre las otras, el clasismo, los nacionalismos y los mundismos locales o globales que nos disminuyen y enfrentan.

Como dimensiones políticas del feminismo contemporáneo la sororidad y la mismidad conducen a cambios ideológicos, intelectuales y afectivos, en nuestras mentalidades y subjetividades, pero sobre todo, de formas de comportamiento y de vida.

Finalmente, para experimentar esta ética vital es muy importante conocer e internalizar el feminismo y hacerlo de manera práctica pero también teórica y literaria estética, es decir en su integralidad. Estoy convencida de que el feminismo es la más grande contribución colectiva de las mujeres a la historia, una historia en que procuramos que cada día más y más mujeres dejemos de ser-para-otros, cuerpos cosificados expropiados que no seamos más huérfanas, madres-niñas-sin madre, en palabras de mi querida maestra Franca Basaglia, para ser cada vez más seres-para-sí, seres-para-nosotras, mujeres de cuerpos apropiados y subjetividades libres, completas en nosotras mismas.

Deseamos liderazgos entrañables, asertivos, coaligados y comprometidos, con incidencia, apoyados y sustentados, democráticos, locales y globales. Deseamos que cada vez más mujeres con conciencia feminista ocupemos espacios y posiciones para avanzar. Deseamos hacer política e intervención sí, pero diferentes: desdeñada una, desde una misma, con las otras mujeres. Entonces sí ejercemos liderazgos entrañables y potenciaremos nuestro poderío.